

Fernando Santiván

EL TACHO DE DON BANDERAS

I

A mí' de ver en nenguna parte le priva mejor su máquina qu'en l'hijuela e on Mardones. . . Afíjese usté. . . Por el lao'el puelche, la trilla e lo Sanjuentes, lo Sandoval, lo Iribarra, lo Canuto, lo Aguilera, lo Ballestero, lo Sangüesa. Pa la travesía, la siembra mía y la' el rico Samaniego, qu'ese no tiene menos de quince cuairas; y el gringo «Pata e goma» y on Figueroa. . . Ese cae pa la máquina e on Zapata porque'stá pasao la subía e pieira. . .

—Güeno, qu'así sea. . . Pero le quea entuavía toa la indiá el sur: lo Calaqueo, lo Marinao, lo Pilque y hast'el indio guata e pipa de Peiro Astrosa.

—Esos güeñis no dan ñachi. . .

—Pero con too, no junta menos de setenta cuairas. No 'stá malo pa ilo pasando. . . Usté lo ha di ver, on Banderas.

—Ta bien, on Veloso. Yo me voy a venir a lo de Mardones; pero ustedes me traen la máquina con su bueyá. . . y me la degüelven a onde yo la pía. . .

—Clarito, pu, on Banderas.

—Compromiso.

—Compromiso.

Y los dos viejos colonos se dieron la mano. Conversaban en medio del camino que va bordeando el lago desde Villarrica hasta Pucón, caballeros en jamelgos de mala muerte; pero no por eso con menos empaque de grandes señores, con la gravedad de hombres que negocian intereses cuantiosos. Si se hubieran lavado alguna vez el rostro y las manos, si vistieran buenos trajes, nadie habría dejado de considerarlos como altivos fidalgos de la Vieja Castilla.

Era una mañanita de verano, clara y limpia. El lago en calma se adormecía en un ensueño azul, con leves estremecimientos de sus entrañas de virgen que presiente la llegada del amado. Se veía claramente la ribera opuesta en brusca ascensión a cerros boscosos y escarpados, oscuros de verdura, levemente tocados por una sonrisa purpúrea del sol.

Banderas torció su jamelgo hacia el Poniente y Veloso se perdió en dirección opuesta bajo la toldilla graciosa de un grupo de coigües y de boldos que se erguían cerca de la playa arenosa.

II

Los últimos gritos de los boteros se perdieron con sus ecos rudos en los bosques cercanos y el improvisado campamento comenzó a adquirir reposo.

Las siete yuntas de bueyes reunidos entre los colonos para traer el locomóvil, la trilladora y los aparejos de Banderas, formaban una mancha multicolor sobre una pequeña loma rubia de trigo recién cortado. Aun puestos al yugo, semejaban junto al motor un grupo de enormes flores movibles junto a la negra caparazón de un extraño animal prehistórico. Más allá, la trilladora pintada de rojo abría su boca de rana hacia los esqueletos de árboles grises y hacia el volcán enorme que cerraba todo el horizonte hacia el Oriente con sus laderas en la base azulosas, y su extremidad cubierta

de nieve coloreada de rosa y violeta por los últimos rayos del sol.

Banderas comenzó a instalar su campamento de trabajo. De una carreta sacó una treintena de tablas y tres postes; con ayuda de su hijo construyó una «ran-cha», especie de tienda de campaña de madera cuyas bocas se cierran, dejando una puerta delantera.

El hijo era un mozo pálido, blanco, de sedosa barba naciente, y grandes ojos melancólicos, muy oscuros.

—Apúrate, Inacio—díjole el viejo Banderas con sequedad al ver que el hijo, apoyado en la pala que había servido para hacer los hoyos de la ran-cha, quedábase mirando vagamente hacia el grupo de bueyes y al de la gente que descansaba debajo de un árbol.

—Vos siempre te andái queando p'al trabajo—agregó el padre, malhumorado.

—Mire—respondió el mozo con súbita animación—. Josefina se está viendo apurada con la descarga de las cosas. Voy a echarle una manito...

—¡Eso es!... respondió el viejo—¡Yo no soy nadien pa vos!... pero tu hermana... tu hermana...

El mozo bajó la cabeza, vaciló un instante y en seguida salió en dirección a una de las carretas; allí estaba Josefina, atareada en bajar los cachivaches y algunos aperos de dormir.

Ignacio, en silencio, tomó de la carreta un saco de harina y luego un molinillo de hierro para el tostado; los colocó en el suelo, delicadamente.

—¿Pico leña?—inquirió, mirando furtivamente a la hermana.

Y sin esperar respuesta, fué en busca del hacha y atacó briosamente un tronco de roble seco que yacía a pocos pasos de allí. La joven se limitó a sonreírle, acariciándolo con sus rasgados ojos pardos. Quien no los conociera, los hubiera tomado por novios...

Era una belleza extraña en aquellos lugares la de

Josefina Banderas. Muy blanca, sólo ligeramente tostado el rostro por el sol, de facciones finas y rasgos de clásica corrección, tenía una envolvente caricia en sus grandes ojos, y su sonreír, a través de labios menudos y carnosos, era como una leve saeta lanzada por sus dientes blancos.

—Adios, señorita—gritáronle al pasar algunos de los boyeros que comenzaban a retirarse con su yuntas.

—¡Arre, Frutilla!...—gritaban otros—¡Tiza, Jazmín!...

—¡Se agradece la compañía!—díjoles el viejo Banderas despidiéndose a voces.

—¡Cuando se le ofrezca, on Banderas!

Alguien preguntó, también a gritos:

—¿Y mañana podremos trillar?

El viejo Banderas, respondió:

—Para pasado, con más seguríá.

Se alejaron las voces rudas, agrias, indisciplinadas, y todo fué quedando en silencio en el improvisado campamento.

III

Tres días después, Banderas había terminado la instalación de sus máquinas.

Era una trilladora de vieja construcción, deteriorada por los años y por el descuido de sus propietarios. Seguramente en un tiempo fué una excelente máquina, de las primeras que la fábrica Pitts envió a la conquista de nuestra América atrasada; pero tenía sus cedazos gastados y de la dentadura quedábale apenas una que otra muela aportillada y caduca. A falta de buenos correajes, Banderas los había fabricado de cuero vacuno crudo; las maderas del forro, primitivamente pintadas de rojo, habían sido deslustradas por las lluvias y tenía tantos parches que más parecía un

El tacho de don Banderas

inválido caduco envuelto en vendajes, compresas y toda clase de sostenes y apoyos.

Banderas, en mangas de camisa, sudoroso y pringado el rostro de negro aceite, hizo la última revisión general a la maquinaria, y en seguida dió la orden:

—Ya está, Inacio... ¡hácela andar!

Ignacio ejercía de fogonero. El motor, un locomóvil de seis caballos, era digno de la trilladora. Tenía el cañón remendado y torcido; la gruesa panza que contiene las tuberías del caldero había sido forrada con listones sujetos por alambres y daba la impresión de un animal que sujetase el abierto abdomen con faja de tablillas.

Ignacio hizo sonar el pito largamente. Era el aviso convenido con los cosecheros; un pitazo agudo que hería los tímpanos y que penetraba como culebrilla de fuego entre los esqueletos de árboles que circundaban el paisaje próximo como espesa cortina de torcidas lanzas, y que iba a taladrar, más lejos, bosques espesos y matorrales de maqui, para regresar en seguida en forma de eco, como fiera acorralada en el palenque y que busca afanosamente salida.

El motor comenzó su marcha con lentitud, resolplando vapor en blancas nubecillas. Púsose también en movimiento la trilladora que, chirriando, lamentándose, con estrépito de fierros, de latas desajustadas, de maderas que crujen, con tan convulsivo movimiento que parecía iba a desarmarse de improviso, para quedar allí, patas arriba, convertida en hacinamiento confuso de catástrofe.

Banderas observó un instante la marcha de su maquinaria con marcada complacencia, y decidió, al fin:

—'Ta güena... Para no má, Inacio. Ya podimo aprencipiar la trilla. Aura vamo a merendar y díay probamo la máquina con las carretas de on Mardones...

Y dirigiéndose a un grupo de hombres que deparían junto a sus carretas, fumando, y que observaban

la maquinaria de Banderas con socarrona cachaza, dijo:

—Atraquen carretas al cilindro, no má... mientras nosotros comimo...

—¿Y quien va'cilindriar?—preguntó un viejecillo de tez quemada, reseco como pellín antiguo. Era don Mardones, con más de cien años auestas, venerable tronco de numerosa descendencia.

—¡Vaya!... ¡Usté, pu, on Mardones!—dijo Banderas, con el ánimo alegre después de haber dado término a la instalación de su maquinaria.

Los presentes se echaron a reir; pero don Mardones no tomó a broma la proposición y, exclamó:

—Aunque tengo un deo escompuesto... claro que me alimo, no má...

Un hombre bizco, contrahecho, ceceoso, exclamó, dirigiéndose al grupo:

—Capaz ez, no má... Icen que el veterano ez caztizo... Zu última mujer ha tenío qu'echalo'el cuarto y lo hace alojar bajo los guindoz de la quinta porque no eja e cargoziarla...

—Ben haiga el mocito que no necesita peír ayuga e naiden p'arreglar sus negocios—exclamó un hombre de barba hirsuta, aludiendo, sin duda, al bizco ceceoso que tenía un compañero en casa que atendía a su mujer.

Los del grupo rieron ásperamente.

Banderas se dirigió a su rancho. Ya estaba en ella Ignacio, ayudando a la hermana en los menesteres de la cocina. Ella, complacida, lo dejaba hacer sin decir palabra.

—Pa eso sí que no tenís flojera—exclamó Banderas mirando de soslayo a su hijo—. Si parecís...

No concluyó la frase; pero su expresión estaba cargada de disgustos y de amenazas.

En el centro de la rancho ardía el fuego alegremente. En un ángulo, hechos un solo atado, sobre una baja ta-

El tacho de don Banderas

rima de tablas, estaban los cueros y lamas que servían a la familia de lecho común, en esa despreocupada promiscuidad que impera en el bajo pueblo campesino. En otro rincón veíase la caja de herramientas, en donde el viejo guardaba con llave, además, un fajo de mugrientos papeles—escrituras, recibos de contribuciones, contratos de maderas—y el poco dinero que lograba retener en su vida de penurias y estrecheces.

Banderas abrió el tosco candado y levantó la tapa. Después de rebuscar preocupadamente entre los fierros mohosos, extrajo por fin un puñado de tuercas y pernos de distintos tamaños. Ignacio seguía los movimientos del padre y miraba con avidez codiciosa el interior de la caja.

—Esto me va servir pa' pretar los arneros—dijo Banderas, mostrando los fierrecillos.

—Pueda ser que ahora marche bien la máquina—observó Ignacio con desgano.

—¿Y por qué iba' andar mal?—interrogó el viejo con iracunda viveza.

El joven murmuró débilmente, como si temiera expresar en voz alta su pensamiento:

—Porque... nunca ha marchado bien...

—¿Nunca?... ¿Nunca?...—exclamó el viejo levantando la férrea cabeza, grande, huesosa, de frente testaruda. Sus ojos centelleaban; prosiguió con voz agresiva, áspera, atropellada:

—¡Qué sabís vos, zonzo!... ¡Tú hablás siempre por hablar! ¡Si yo tuviera hijos que supieran ayugar, otro gallo me cantara! ¡Pero, vos!... ¡Pa qué servís vos!...

—Hago lo que puedo, padre—murmuró el mozo con aparente dulzura, procurando apaciguar al viejo—. Usted sabe que no me gusta esta profesión, pero no por eso lo dejo de acompañar...

El viejo se puso trémulo de rabia. Leía en el rostro de sus hijos confusa rebeldía expresada ya en otras ocasiones a propósito de su empecinamiento para no

abandonar sus viejas maquinarias que lo estaban llevando a la ruina. Para comprarlas había vendido años atrás la mitad de una próspera hijuela de ochenta hectáreas obtenida del fisco a título de colono nacional. El resto lo hipotecó para pagar composturas y repuestos, tanto para el banco de aserrar, como para el motor y la trilladora. Los hijos procuraban disuadirlo del empeño. Pero el viejo tenía por sus máquinas un cariño absurdo. Eran su locura y su obsesión. Ya en vida de su mujer había recorrido gran parte de la montaña con sus fierros rechinantes y sus latones mal unidos, parchados y astrosos, haciendo trepidar los árboles con los resoplidos del pequeño monstruo e infundiendo a las soledades montañosas una palpitación insólita de vida industrial. Mal negocio, sin embargo. Cada nueva quebradura de los hierros era como un rajón que se le hacía a su fortuna. Pero el viejo, testarudo como buen descendiente de castellanos, proseguía su vida sórdida y trabajosa, indiferente a los pesares que no se relacionasen con sus máquinas.

Murió la mujer, aporreada en tantas aventuras de aquella vida gitanesca, viviendo siempre en provisionales ranchas de tablas mal unidas, soportando los terribles temporales montañoses; murió mansamente, junto al marido, sin que éste se diera apenas cuenta de su pérdida, preocupado en reparar nuevas abolladuras del motor.

—¡Mucho me acompañás!—masculló el viejo dirigiéndose al mozo—, ¡mucho!... Maldita en l' hora que te mandé a estudiar a las escuelas. Te golviste jutre y ya no te gusta más que pasarte en las faldas de las mujeres...

—Hace lo que puede, padre—murmuró Josefina sacando de la olla las papas humeantes con un grueso cucharón, y depositándolas en una palangana de madera. Sus manos delicadas disonaban, sin embargo, con aquella rústica ocupación. Continuó la joven:

El tacho de don Banderas

—Ignacio estaría mejor en el pueblo, cierto, porque nació enfermizo y porque se ha educado un poco, pero ¿no es un buen fogonero?

—No digo que no—concedió el padre—, pero too lo hace como si juese hijo'e rico que le hace un favor a uno. Lo mesmo que vos... Si quieren d'irse, como los otros, pueen decilo...

—No es que lo queramos abandonar—dijo la joven con suavidad—, pero creo que con sus máquinas usted se está arruinando. Más vale que las vendiera y pagara sus deudas...

El viejo, lívido, tomó un tizón y lo esgrimió sobre su cabeza.

—¡Querís callate, mocosa!... ¡Voy a ejar estas máquinas, que son too nuestro pasar!... ¡Tamién! ¡la cabra arrestá!... ¡Mirenlá, mirenlá!...

Tartamudeaba. Saltaba saliva por sus labios gruesos; enrojecía el blanco de sus ojos.

Los jóvenes inclinaron la cabeza sobre su comida, deseosos de restablecer la paz. Sin embargo, Ignacio se atrevió a insistir, escogiendo las palabras para no herir la sensibilidad del viejo.

—No se moleste, padre. Si le decimos algo es porque creemos hacerle un bien. Mire... hay que componer el caldero que está botando agua por la rajadura de abajo...

Banderas, calmándose sólo con escuchar algo que se refiriese a su motor, dijo:

—Habrá que ponéle otro parche... Contimás que teniendo cuidao de que no suba el vapor no le pasará ná... La quebraura está en güena parte... Si juera arriba, sería otra cosa... después d'esta trilla, como espero en Dios que nos ha d'ir bien, podré llamar al gringo del pueulo pa que le ponga una pieza en caliente... y con unos cuantos remaches, el motor queará como se píe...

—Así lo creo—confirmó el mozo. Y los ánimos se aquietaron alrededor del caldillo de papas. Padre e hijos comenzaron a cucharear reposadamente en la misma olleta, resoplando y chasqueando la lengua cada vez que el ají picaba traicioneramente.

IV

El trabajo comenzó. No eran muchos los trilladores, a pesar de las promesas de traer su trigo a la máquina de Banderas todos los colonos de una legua a la redonda. Los campesinos llegaban a la máquina con media carretada «para probar», según aseguraban con solapada sonrisa. El único que había cumplido bien y que se presentó con dos carros llenos, torre dorada de espigas, fué el viejo Mardones.

La pobre maquinaria, chirriante y acatarrada, a rescplidos, empujones y paradillas, dió término a una de las emparvadoras de Mardones. Banderas, triunfante, se limpiaba el sudor y exclamaba:

—¡Qui'hubo!... ¿anda bien, no?

—No anda na mal—exclamó uno de los presentes esquivando la vista—. Si no botara tanto trigo por atrás, sería mejor...

—Eso se puée arreglar—replicaba Banderas, un poco inquieto—. Es que tiene muchazo viento en los ventilaores.

—Algo parte, tamién...— murmuró otro de los presentes, un hombrecillo vivaracho, gordo, de canosas barbas encañonadas—. La máquina de on Zapata da trigo enterito... Y de limpio, no hay que icir...

Los hombres se agruparon en derredor de los sacos de trigo recién salido de la máquina y cada uno de ellos iba sacando un puñado, lo miraba con atención, lo volvía a tirar, y daba su opinión gravemente. Por fin, uno de ellos preguntó:

—¿Y cuánto va a cobrar de maquila, on Banderas?

Banderas, presa de inexplicable turbación y zozobra, se apresuró a ofrecer:

—El ocho... más barato, no puee ser...

Se hizo un silencio pesado en el grupo de campesinos. Al cabo de un momento, uno de ellos murmuró:

—El ocho... Caro píe, pus don... En l'otra máquina nos cobran el siete...

—¡Mentira!—protestó Banderas con violencia, encarándose a su interlocutor. Pero luego, recordó, sin duda, lo que exponía con su aspereza, y endulzó la voz.

—No diga eso, mejor será, on Ortiz. Yo sé bien que on Zapata cobra el diez... y no la baja a naiden...

—El siete—afirmó de nuevo Ortiz—. Al rico Samaniego le ofreció trillarle por el siete...

—Eso será al rico; pero a los demás, no... Lu hace pa'garrarse un güen cosechero...—afirmó Banderas con voz de fingido reposo, ligeramente trémula.

Otro de los presentes, que llevaba la mirada oculta bajo una gran chupalla raída, preguntó:

—Y'a los que l'hemos ayugao a'trer la máquina ¿no nos va a rebajar ná?

Banderas reflexionó.

—¿A ustedes...?... Güeno, a ustedes les daré el siete...

—El cinco será, on Banderas.

—Menos no se puee... Aprefiero no trillar ná...

Después de este parlamento, la trilla continuó, aunque ahora, por desgracia, los tropiezos aumentaron. Primero se cortó la correa del relimpiador que se empeñaba en atascarse; más tarde, los capachos del ensacador. Banderas se multiplicaba; corría de un lado para otro; trepaba al techo de la trilladora, abría puerrecillas de observación, apretaba tuercas, metíase bajo el vientre de la máquina y reparaba desperfectos en el arnero de la granzas. ¡Todo inútil! La vieja ma-

quinaria parecía resuelta a desacreditar a su dueño, desmoronándose por todos lados, como esos enfermos a quienes se les cura el corazón para que se agraven del estómago, y se les arregla éste para que les sobrevengan ataques al hígado. Había momentos en que Banderas, en el colmo de su desesperación, hubiera deseado coger un martillo para molerla, pieza por pieza, descuartizarla, asesinar bárbaramente a su máquina, su único amor, como se mataría a una mujer que ridiculiza al marido con sus veleidades de hembra.

—¡Chas digo, ho!...—murmuraba un hombretón gordo, de voz ronca, moviendo su único ojo bueno con chispas de sarcasmo—. La máquina escupe trigo por boca y narices. Aquí se pierde, por lo menos, la mitad...

Banderas, exasperado, en medio de la fiebre de su trabajo impotente, le gritó:

—¿Quiere ejarme tranquilo, mire, don?... ¿No ve que toa máquina, mientras se acostumbra, anda mal?

—Pish—murmuró el otro—, ésta parece que tiene mañas viejas y está resabiá...

—Güeno, entonces—murmuró Banderas rechinando los dientes—. ¡Váyase con su música a otra parte si le parece mal mi trillaora; pero éjeme trabajar!...

—No s'enoje, on Banderas—murmuró el tuerto con sorna. Y el grupo de espectadores se echó a reír, con una risa cruel, pesada, y tonta, como suelen reír los campesinos, sin que se sepa nunca por qué...

Si la trilladora marchaba mal, el motor iba peor. Se descompuso la bomba y se empecinó en no chupar agua del depósito; por este motivo, subió la presión del vapor, amenazando hacer estallar el caldero. Fué necesario sacarle apresuradamente el fuego, mientras se componían los desperfectos. En seguida comenzó a dar que hacer el regulador; y más tarde un descanso del cigüeñal se caldeó a tal extremo que hubo necesidad de echarle un litro de aceite para refrescarlo.

Banderas, en cada uno de estos casos, descargaba su desesperación sobre el hijo, increpándolo con palabras duras:

—¡Pero si vos tenís la culpa, flojo de los diablos, que no le ponís aceite a tiempo al motor y le echás agua murienta a la tina...!

—Pero, papá.

—Cállate, mejor será, baboso, si no querís que aquí mesmo te las arregle...

El mozo resignábase a la injusticia, por no exasperar al padre; pero, por dentro, le roía el alma una rabia sorda. De tarde en tarde echaba una mirada hacia la rancho próxima, y de allí le devolvía Josefina una sonrisa de inteligencia. Algo tramaban los jóvenes y a Banderas, a pesar de su preocupación, no se le escapaba que un peligro cerníase sobre él.

Después de uno de los berrinches del viejo, la muchacha se acercó al hermano:

—¡Pobre Ignacio!

—¡Ya no aguanto más, Pina!...

—¡Espera!... Pronto nos libraremos... Esta noche...

—Chist... ahí viene él...

Esa tarde Banderas reunió la maquila ganada en el día. Una miseria: apenas treinta y siete kilos de trigo, que correspondía a dos carretadas y a cinco sacos de trilla.

—En fin—murmuró el viejo amarrando su saquito desportillado—, hay siquiera p'al tostao.

E inclinando su cabezota testaruda, murmuró:

—¡Mañana andará mejor!...

V

Al día siguiente...

—¡Malditos chicuelos!... ¿Aonde se habrán ido?...
¡Josefinaaaa!... ¡Inaaacio!...

Sólo el eco respondió. Silenciosa la montaña. Una neblina mañanera diluía el paisaje como una cortina lechosa. El lago, terso, era lo único que daba brillo en aquella claridad mate del ambiente. El viejo escuchó. Sólo el ruido de unas goteras que caían de un roble alto, a espaldas de la rancho, espaciaba su golpeo triste y monótono. El motor, humedecido por la niebla, aparecía con su caparazón negro y cubierto de cataplasmas; parecía bostezar por la boca del fogón, envuelto en brumas. Algunos trozos de leña roja, entrecruzados cerca del motor parecían esperar algo, acentuando la impresión de abandono y soledad.

—¡Y este animal no irá a encender fuego hoy?— murmuró Banderas.

Permaneció un instante como ensimismado y entró a la rancho.

El camastro vacío, con sus pellejos y lamas que marcaban aún las huellas de los cuerpos, le hizo pensar en cosas entrevistas en noches de brutal cansancio físico, abatido como un tronco pesado sobre el lecho. Cuchicheos, vagas visiones de pesadilla. . . ¡Allí, junto al padre dormido!

—¡Cochinos!—murmuró, sin darse cuenta de que expresaba sus sospechas en voz alta—. ¡Si yo los merezco pillar! . . .

De pronto, algo lo hizo palidecer. El candado de las herramientas estaba abierto, con la llave puesta. Abrió la caja; palpó en un lugar conocido para él. . . ¡Nada! . . . Banderas comprendió.

—¡Cochinos! . . . ¡Ladrones! . . .—murmuró con furor reconcentrado.

Revolvió los pellejos de la cama, puso en movimiento algunos sacos y cajones vacíos, buscó en los rincones.

—Se han ido. . .—volvió a murmurar.

Salió al exterior. Meditó un instante, perplejo. En seguida echó una mirada sin pensamiento en derredor.

Soledad. Goteritas irónicas de las ramas húmedas: «Sí, sí...» ¡Nada más!

Imposible perseguir a los fugitivos. ¿Cómo abandonar sus máquinas, sobre todo ahora que comenzaba el trabajo lucrativo? Sería la ruina. Y además, ¿para qué seguirlos, si no tenían voluntad de vivir a su lado? Habría que buscar fogonero y una mujer que hiciera la comida. Eso era todo. ¿Lo abandonaban porque lo creían en derrota?... ¡Tanto peor para ellos! Las máquinas le devolverían con creces las amarguras sufridas y la fortunita evaporada. Entonces...

La idea de la venganza que le proporcionarían sus máquinas, tan combatidas por su familia pesimista, calmó un poco el dolor que pesaba sobre su pecho como una lápida. Después de todo, debería alegrarse. Ya no tendría que arrastrar en pos de sí la cadena de la desconfianza, de la resistencia muda a sus proyectos industriales, el desánimo y la falta de fe. Solo, solo, sería más fuerte.

Como si este pensamiento lo hiciera alivianarse, se dirigió a los montones de paja esparcidos cerca de la trilladora, cogió una brazada y rellenó con ella el fogón del motor. En seguida encendió un fósforo y el fuego empezó a abrasar las entrañas del pequeño monstruo de hierro. Echó leña; las llamas crecieron y un resplandor salió de la boca del horno. Empezaba a caldearse el motor. Pocos momentos después, chirriaba el aceite hirviente al deslizarse en gotas sobre la caldera; silbó un tufillo de vapor en las válvulas de seguridad; y el rostro de Banderas comenzó a recobrar su habitual expresión testaruda.

Comenzaba a vivir su máquina: ¡ya tenía compañía!

VI

Banderas arregló concienzudamente los nuevos desperfectos e hizo silbar el pito «pidiendo trilla», según

la expresión de los campesinos. Era un largo sonido agudísimo que hería los oídos; era un grito angustioso de animal enfermo; una llamada de auxilio y una imperiosa exigencia de actividades.

—Es el tacho de on Banderas que está llamando...— murmuraban los colonos, sonriendo socarronamente.

Pero no se apuraban. Banderas esperó toda la mañana, llegó la hora del mediodía y no acudió una sola carreta.

—Deben d'estar cortando...—pensaba Banderas para tranquilizarse, aludiendo a la faena de la siega. Pero no podía evitar que sus ojos escrutaran ávidamente los contornos esperando a los cosecheros que vendrían a llenar la boca insaciable de los cilindros.

Banderas sacaba mentalmente sus cuentas:

—Con diez carretadas que alcance «a pasar» en el día... rendimiento de cuatro sacos por carro, son cuarenta sacos... Me correspondería de maquila, al siete, cerca de tres sacos... En un mes podría juntar unos noventa o cien saquitos... tres mil pesos...

De un manotón mató un tábano importuno que vino a clavarle su aguijón en la frente, y continuó sus reflexiones.

—Tres mil pesos... que podrían ser también cinco mil. Con eso arreglo mi «tacho» y me pongo 'aserrar... ¿Cómo no alcanzar a cortar unas diez mil pulgadas antes de que comiencen las aguas?... Pisch....

Se veía empezando la ascensión de la fortuna, dueño de aserradero modelo, con motores y bancos recién sacados del almacén de maquinarias, «haciéndose» mil pulgadas diarias. Luego, instalando otros negocios; extrayendo de la montaña el raulí en proporciones incalculables, llenando la selva entera con el ruido poderoso de su industria.

—¡Ah—pensaba—, los cochinos!... Me abandonan; me creen pobre!... Día llegará...

Pensaba en los prófugos, en la pareja degenerada

que naciera de su noble y enérgica sangre de luchador.

Pero pasaban las horas y los cosecheros no acudían. Más allá de la cortina espesa de árboles que cubrían un cerro no muy distante, se escuchaba a intervalos pitazos y el ¡chac, chac! característico de los motores en trabajo. Era la máquina de Zapata que trillaba sin descanso, a juzgar por los ruidos venidos de allá.

A las tres de la tarde asomaron entre la espesura verde unos puntos amarillos que se movían. Banderas se incorporó bruscamente.

—¡Listo!... ¡Apura el vapor!—ordenó al muchacho que reemplazaba al hijo prófugo.

—Son carretas de los Sandovalés—murmuró el mazuero sin apresurarse, haciendo pantalla con las manos para ver mejor.

—Esas vienen p'acá—murmuró Banderas, vibrando de emoción y de actividad, dispuesto a prodigarse—. ¿Cuánto vapor hay?

El muchacho examinó el manómetro.

—El reló marca ochenta—dijo con suficiencia—. Demás vapor pa trillar.

Las carretas cargadas de trigo fueron agrandándose lentamente. Ya se oía a los carreteros azuzando los bueyes con gritos salvajes: «¡Arre!... ¡Arrriiii!...» Las picanas de coligüe fulguraban a la luz como lanzas amenazadoras.

De pronto las carretas torcieron de rumbo y comenzaron a alejarse en dirección a la playa del lago para tomar el camino matriz.

—Y a éstos, ¿qué les pasa?—murmuró el muchacho, decepcionado. Banderas comprendió el objeto de la maniobra y exclamó con voz sorda:

—¡Se van a l'otra máquina!...

Más que descorazonamiento, sentía hervir en su pecho contra los cosecheros una rabia sorda. Habíanle hecho colocar allí, le prometieron entregarle toda su trilla, y ahora a los primeros contratiempos que le

ocurrían a su máquina, volvían traidoramente la espalda. Estuvo a punto de salirles al paso e increparlos; pero venció en su corazón su dignidad nativa y se limitó a exclamar entre dientes:

—Ejenlos... ojalá se jodan allá... ¡por brutos!

Una hora mas tarde, cuando Banderas, descorazonado, comenzaba a renegar de su suerte, llegó chillando sobre las ruedas y el eje de palo, una carreta de Mardones.

El viejecillo, seco y varonil, a pesar de sus años, se acercó a Banderas y le dijo:

—Mire, on Banderas... Le traigo otra carretá pa cumplile... Si sale mal ahora, usted me irá si seguimos trillando...

—Bien, on Mardones,—respondió Banderas, conmovido. Dios quiera que no tenga por qué arrepentirse...

Comenzó el trabajo. Gemir de latas; resoplidos de motor; gritos y carreras de Banderas; en seguida, una pesadilla. La máquina se atascaba. El trigo que salía a los sacos, cada vez más sucio... El motor jadeando, jadeando, como animal cansado. Los trabajadores que acompañaban las carretas de Mardones y que servían de vaciadores a los cilindros, el cilindrero mismo, todos sonreían maliciosamente señalando a Banderas que se multiplicaba para atender los desperfectos de su máquina... Sólo el enhiesto viejecillo, con su grave rostro enjuto y lampiño de indio viejo, observaba calmamente, en silencio, con impasible aire de gran señor que está por encima de las pequeñeces mundanas.

De pronto, ¿qué pasa?

Un grito del muchacho fogonero:

—¡El motor está seco y la goma no quiere chupar!...

En seguida, un silbido prolongado de vapor que se escapa. Luego, una explosión y una gran nube blanca, turbulenta, que lo envuelve todo, que se eleva al cielo

El tacho de don Banderas

y se arrastra por tierra, una invasión quemante de vapor y de barro. . . ., de infierno.

Gritos. Alguien que se queja con estertores de agonia. Luego, silencio. La gran nube se aquieta y sube al cielo como una visión blanquecina de grandes alas transparentes que se aleja del lugar del sinistro.

Sólo entonces se pudo ver el tacho de on Banderas convertido en montón de escombros y a su dueño aplastado bajo la trilladora. El fogonerito había saltado a veinte metros de distancia y aparecía clavado a un árbol como insecto de colección, por un largo fierro que debió desprenderse del motor.

El viejo Mardones y sus trabajadores, milagrosamente sanos, sólo habían recibido algunos rasguños y quemaduras de barro hirviente que los hacían aparecer con el rostro pintarrajeado y cadavéricos.

Extrajeron penosamente a Banderas. Tenía una gran herida en el vientre, que le horadaba los intestinos. Sin embargo, abrió los ojos.

—¿El moo. . . mo. . . tor?—murmuró con voz estro-
pajosa, apenas perceptible.

El rostro consternado de los presentes le hizo comprender sin duda la magnitud de la catástrofe, porque inclinó la cabeza con expresión de desaliento definitivo. Ya no volvió a levantarse más, como si, conocida la pérdida de sus máquinas, nada le interesase en la vida. Pocos minutos después, espiró.